

Díaz Tepepa, María Guadalupe; Pedro Ortiz Báez e Ismael Núñez Ramírez (2005). *Interculturalidad, saberes campesinos y educación*, Tlaxcala: El colegio de Tlaxcala/SEFOA/Fundación H. Böll

EL CONOCIMIENTO CAMPESINO

SYLVIA SCHMELKES

Este libro propone y, lo que es más importante, demuestra con evidencias procedentes del trabajo empírico en varias comunidades del altiplano central del país, hipótesis de gran importancia sobre el conocimiento campesino: la forma en que se genera, utiliza, difunde, dinamiza, transforma. Es un estudio de epistemología campesina que cuestiona de manera profunda mitos dominantes que nuestra sociedad ha manejado durante siglos, y especialmente durante este último, respecto del valor de las prácticas productivas campesinas, aun a costa de su propia autosuficiencia alimentaria. Es especialmente importante porque ahonda en lo que considero es una de las causas de fondo de la actual crisis de la agricultura campesina en el país y del consecuente abandono del campo y éxodo a Estados Unidos.

Para beneficio del lector que aún no lee este libro, y para despertar el interés por su lectura, resumo a continuación algunas de las hipótesis centrales que, a la par, iré comentando.

1) El supuesto que da origen al estudio es el que cuestiona la creencia de que el único modo de arribar al conocimiento válido es la ciencia y la técnica modernas. Los campesinos (e indígenas, que para los autores y para quien esto lee, son lo mismo) representan otra tradición mediante la cual la especie humana logró reproducir sus condiciones materiales a lo largo de la historia. Lo diría de otra forma: el conocimiento campesino también es conocimiento científico, en la medida en que ha podido demostrar, a lo largo de la historia, su utilidad y funcionamiento.

Sylvia Schmelkes es investigadora titular del CINVESTAV con licencia; coordinadora general de Educación Intercultural Bilingüe de la Secretaría de Educación Pública, México. CE: schmelkes@sep.gob.mx.

Comentarios leídos en la presentación del libro, en El Colegio de Tlaxcala, en San Pablo Apetatitlán, Tlaxcala, el 15 de agosto de 2005.

2) Que el conocimiento campesino es inferior al conocimiento científico deriva, en parte, de la equivocada concepción de que sus propósitos productivos son idénticos a los de la producción moderna. Ello no es así. La principal finalidad de la producción moderna es la ganancia; en cambio, en la producción campesina es la satisfacción de las necesidades. Por eso el campesino tiene la estrategia, altamente racional, de diversificar sus actividades económicas y su producción agrícola. La unidad de producción campesina es la propia unidad de consumo. Son dos lógicas diferentes las que guían la producción, lo que no significa que el campesino desconozca o no comprenda la lógica “moderna”, que aplica para la parte de su producción destinada al mercado. Pero el comportamiento campesino es racional. Un ejemplo: como consecuencia del Tratado de Libre Comercio (TLC) y de la apertura gradual de las fronteras al maíz de Estados Unidos y Canadá, que subsidian a sus productores y que lo producen en gran escala, resulta mucho más barato comprar maíz importado que producirlo. Producir una hectárea de maíz en México, en realidades campesinas y temporales, cuesta 280% más que en Estados Unidos –si bien nuestro producto es de mucha mayor calidad desde el punto de vista nutricional–. Sin embargo, muchos campesinos siguen produciendo maíz. La lógica es la de la satisfacción de las necesidades.

Hay otro ejemplo que cimbró las bases de la hegemonía del conocimiento tecnológico moderno y que es conocido de todos nosotros. Es el caso del Plan Puebla con su promoción del monocultivo del maíz y su destrucción del modelo productivo de la milpa. Después de varios años, y de mucho daño, hubo que reconocer que los campesinos, con su lógica de diversificación de la producción al interior de la milpa misma, tenían la razón en el análisis de largo plazo.

3) Pero el conocimiento campesino no es ni estático ni aferrado a una sola cosmovisión. En las elecciones técnicas cotidianas, el campesino produce un acoplamiento entre los saberes técnicos modernos y los tradicionales; experimentan no sólo cuando producen para el mercado, también cuando lo hacen para el autoconsumo y también por mera curiosidad. En el contexto de la producción campesina existe innovación, creatividad, cambio. La innovación se da desde la tradición: tradición e innovación no son opuestos; se trata de un falso antagonismo. El cambio es necesario en la vida campesina. Cambia el clima, cambia el mercado, se transforma la disponibilidad de mano de obra familiar y comunitaria. Siempre hay que tomar decisio-

nes que implican modificar lo que se ha estado haciendo o la forma en la que se ha hecho.

4) El campesino puede dinamizar su producción porque genera conocimiento y aprende de él. Sin duda uno de los aportes más valiosos de la investigación que recupera este libro es el documentar las formas de aprender del campesino: a través de la observación, de la transmisión de secretos y de la imitación, pero siempre experimentando. Y todo esto, para los autores, se da en un contexto de endoculturación: es necesario formar parte de una cultura que recoge la historia –también la productiva– del grupo en cuestión y acopla o adapta lo nuevo a la cosmovisión propia de esa cultura.

5) De esta manera, la generación de conocimiento no es un fenómeno individual, sino social. En la lógica campesina, de satisfacción de necesidades, no hay competencia entre unidades productivas. El conocimiento no se guarda ni se protege, más bien se comparte.

6) En este proceso tienen un papel muy importante los especialistas campesinos, especialistas en procesos tradicionales, como don Agustín de Ixtenco, informante y por lo mismo protagonista de este libro. Estos especialistas, o sabios, acumulan el conocimiento campesino, lo sintetizan, comunican las innovaciones exitosas y fracasadas (porque también del fracaso se aprende). Pero lo más interesante, explican. Los campesinos tienen una orientación práctica al proceso de generación y uso del conocimiento, su preocupación es por el cómo. Los especialistas proporcionan el por qué.

Hace ya muchos años, en 1986, publicamos los resultados de un estudio sobre la relación productividad y aprendizaje en cuatro zonas maiceras temporales del país [Schmelkes, Rentería, y Rojo (1986). “Productividad y aprendizaje en el medio rural: un estudio en cuatro regiones maiceras de México”, en *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, vol. XVI, 2do. trimestre, pp. 15-55]. Es el estudio para México de una investigación comparativa que se realizó también en Perú, Paraguay y Brasil (con la papa, la mandioca y el frijol, respectivamente). Me ha sorprendido cómo, después de casi 20 años, muchas de las cosas que nosotros descubrimos se confirman. Por ejemplo, encontramos en México, y los investigadores en los otros países, que el campesino suele experimentar las innovaciones antes de adoptarlas en forma definitiva y que, al hacerlo, las va adaptando a sus condiciones. Encontramos también que la intercomunicación entre productores de una misma comunidad y entre comunidades de una misma región constituye una fuente importante de aprendizaje productivo.

El estudio que hoy nos ocupa incluye una investigación, realizada algunos años antes, sobre la educación formal orientada a la educación técnica campesina. Se observan tres centros de estudios de bachillerato agropecuario. De la confrontación de los datos del estudio sobre la epistemología campesina y éste sobre la manera como la educación formal aborda la enseñanza técnica, se deriva un conjunto de recomendaciones que, por cierto, también muestran una gran coincidencia con las recomendaciones que se derivaron del estudio, publicado en 1986, al que ya hice referencia. Veamos algunas de ellas.

El estudio concluye que en las escuelas agropecuarias, el modelo dominante es el de la mediana y gran empresa agrícola. De hecho, el conocimiento campesino se hace presente para resolver problemas prácticos de la producción, pues los recursos productivos de estas escuelas, paradójicamente, no coinciden con los de la mediana y gran empresas. Pero este conocimiento no es reconocido como tal. Algo similar encontramos respecto del modelo de extensión agrícola, en la época cuando ésta existía en el país y era una fuente de educación tecnológica no formal. Descubrimos que en cada zona estudiada había un modelo imperante de extensión agrícola, pero que en todas las regiones la población campesina era heterogénea en cuanto a sus condiciones productivas. Los resultados eran necesariamente selectivos: sólo se beneficiaban del modelo extendido aquellos campesinos cuyas condiciones productivas se ajustaban al modelo. El resto resultaba perjudicado. El estudio que analizamos denuncia el desconocimiento por parte de los especialistas del saber campesino; las soluciones al agro, dice, se hacen de forma homogénea, suponiendo un campesinado también homogéneo.

En aquel estudio también encontramos que el modelo de extensión agrícola prescindía de la experiencia campesina. Constatamos que en todas las regiones existía un sector de productores pequeños que resultaban más productivos cuando no habían estado en contacto con la extensión agrícola, así como el desconocimiento de la realidad campesina por parte de los técnicos agrícolas y la negativa repercusión de este hecho sobre la productividad de ciertos campesinos.

De ahí que el estudio que nos ocupa, y también nosotros hace 20 años, recomendemos el reconocimiento de los saberes campesinos y su incorporación al ámbito escolar y no formal. Este estudio sostiene, y fundamenta, el que la escuela haya tomado un papel de sometimiento del conocimiento

campesino, de su forma de generarlo y difundirlo, de su lógica y la racionalidad de sus decisiones, de la ética. Ha ignorado la diversidad cultural en aras de una homogeneidad social. Y como consecuencia –esto lo digo yo– ha contribuido a la crisis agrícola del país.

De manera muy contundente este estudio, o varios otros anteriores, han puesto las bases para argumentar en favor de la necesidad de un nuevo paradigma educativo; uno que reconozca la diversidad cultural y responda de manera adecuada a la complejidad propia de una realidad heterogénea. En lugar de perseguir la homogeneidad –en este concepto anquilosado de que lo homogéneo es lo estético–, es necesario reconocer la diversidad y no suponer la igualdad como punto de llegada, sino la pluralidad como fuente de enriquecimiento y dinamización continua.

La escuela y la educación superior tienen en esto un papel muy importante: les corresponde hacer explícito el conocimiento tácito de los campesinos, con ayuda de sus sabios y con especial énfasis en el conocimiento productivo, que ha sido descuidado, como este estudio nos hace ver, por quienes han hecho esto, que son los antropólogos.

Los campesinos son interculturales, como queda demostrado en este texto; incorporan innovaciones modernas cuando éstas responden a su lógica productiva y dinamizan como resultado de sus conocimientos. Pero como consecuencia de la discriminación del racismo, de la prevalencia del conocimiento occidental que ha tenido la capacidad de negar la validez de cualquier otro, esta interculturalidad ha sido unilateral. Hay que multilateralizarla, permitir que nosotros y otros aprendamos y aprendan de otros conocimientos y de otras formas de conocer. Las universidades interculturales (cuatro ya creadas) persiguen esto explícitamente; las convencionales, sin embargo, también deben ir haciéndolo.

Ahora que la biología nos ha hecho descubrir la importancia de la diversidad biológica para la conservación de la vida en el planeta, y más aún ahora que hemos descubierto que esta diversidad biológica es fruto de la diversidad cultural, creemos que están dadas las condiciones para que el paradigma dominante se cuestione a fondo y para que vayamos construyendo el paradigma educativo alternativo que, partiendo de la valoración de la diversidad, aporte a su fortalecimiento y a la posibilidad de que la humanidad, toda, se enriquezca como consecuencia.

Recomiendo ampliamente la lectura de este libro porque nos ilustra por qué debemos avanzar hacia allá. Y nos da muchas pistas sobre el cómo.